AÑO XXIII 30 ABRIL DE 1914 NÚM. 572

LA ACADEMIA CALASANCIA

FUNDADOR: REDMO. P. EDUARDO LLANAS, ESCOLAPIO: CONSULTOR DE LA SAGRADA CONGREGACIÓN DEL ÍNDICE

LA LOCURA DE LOS ARMAMENTOS NAVALES

II

Los acorazados de *torres a barbeta* (1) son una variedad de las de ciudadela.

Los alemanes inauguraron este tipo, con el *Sachzen* (Sajonia).

En esta nación, se trató de construir buques que pudiesen combatir en alta mar, y al mismo tiempo poder entrar en sus puertos del Báltico y del Norte.

Por lo tanto su calado no excedería de seis metros.

Bajo estos planos, se construyeron en *1877-84*, los acorazados *Sajonia, Baviera, Wertemberg, Baden* y *Oldemburgo*.

Su desplazamiento es de 7.400 toneladas y el espesor de su coraza en la ciudadela es de 406 milímetros.

Para economizar peso, hubo que desistir del acorazamiento total y se tuvo que reunir en una casamata acorazada, todo lo principal del buque.

La artillería gruesa tira a barbeta, montando cuatro cañones en los ángulos de la casamata y dos sobre una plataforma giratoria sobre la torre de proa.

Para conseguir la flotabilidad se les dotó de 30 compartimientos estancos en la proa y 36 en la popa. Estos compartimientos estaban rellenos de corcho.

No tenían arboladura; podían llevar 700 toneladas de carbón y sus máquinas de 5.600 caballos les dan una marcha de 14 millas.

Desde esta época, quedó en suspenso la construcción de grandes acorazados en esta nación, hasta que las construcciones de otras naciones las hicieron volver a los grandes tipos.

Las corazas habían llegado a su máximo, y el cañón seguía en

(1) *Las torres a barbeta* son unas torres puestas en los cuatro ángulos de la casamata

ascenso. Pesáronse las dos fuerzas, y vióse que el cañón quedaría vencedor. Horrible perplejidad. Se pensó por un momento en desistir del acorazamiento y construir cruceros ligerísimos; pero el papel de los acorazados en los bombardeos, era indispensable; hiciéronse, pues, aplicación de planchas mixtas de blindaje, como de acero, niquel, etc.

Francia descubrió que los proyectiles cuanto más oblícuos incidían menos daño hacían. Dotó a sus barcos de blindajes inclinados y cubiertas blindadas. Su buen éxito, hizo que la reina de los mares la imitase en seguida.

Tipos de esta innovación, son el *Blake* y *Bleneim*.

Francia, en vista de esto, adoptó los paracascos, consistentes en una subcoraza, destinada a recoger los contados cascos que atravesasen la coraza principal.

El *Massena*, de 18.000 toneladas, es figura de este tipo.

Italia, nación todavía envuelta en los pañales de la marina, dió un paso tan grande que extremeció a la asustadiza Inglaterra.

Era en 1895, cuando Italia botó los acorazados *Italia* y *Lepanto*.

Admiró en estos buques la velocidad, potencia de fuegos y blindaje. Eran una obra maestra. Su desplazamiento, 15.000 toneladas.

Francia en 1895 tenía un tipo de acorazados *torre a barbeta*, modelo que reinó, como hemos dicho ya, en 1878.

Inglaterra e Italia en la misma época, cultivaron el tipo *Inflexible*.

Alemania las *casamatas*, etc.

A partir de esta fecha, Inglaterra, lanza ya el que podríamos llamar tipo Internacional. Italia hace lo mismo.

Ambos países con el *Nile* y el *Sardegna*, respectivamente.

En los dos la ciudadela es acorazada.

Estos acorazados, presentan grandes ventajas, entre ellas, que las torres tienen protegidas sus baterías por una cúpula o cubierta que gira al mismo tiempo que la torre.

De esta ventaja, no participa ningún buque de los construídos antiguamente, pues ni aun los más modernos antes de este tipo, como el *Colinwod*, la tenían.

Tiene todavía otra novedad más, y es que la artillería media aparece en ellos por primera vez. Su desplazamiento es de 12.100 toneladas y su velocidad no excede de 13'5 millas.

El *Soberano Reaal* construído por Inglaterra en 1891 presenta un adelanto en la marcha, pues a más de su desplazamiento de 14.000 toneladas y perfecto acorazamiento, tiene un andar de 17 a 18 millas.

Y debo decir, aunque ya la fecha se me ha retrasado, que la fragata acorazada de hélice española *Numancia*, fué el primer buque de este género que dió la vuelta al mundo.

MARIANO VIADA
Académico Supernumerario.

REALIDAD DE LEYENDA

II

Todas las noches, después de cenar y rezar la cotidiana oración nocturna, el patriarca de la alquería pueblerina—en donde Enrique había alquilado un cuartito pequeño y coquetón, un cuartito blanco como la nieve, con un cuadro de la Virgen colgado de la pared y un olor a tomillo y romero de los vecinos bosques, un cuartito en el que todas las mañanas los rayos del sol, un sol rústico y montañés bien distinto del de nuestras ciudades, le acariciaba hasta llegar a su misma cama, con una caricia, cálida, dulce, suave—narraba a sus pequeñuelos, bella historia, leyenda o cantar.

Y todas las noches la voz del anciano, armoniosa y rítmica con su lenguaje rústico y sencillo, evocaba en la mente de Enrique, el mismo Enrique poeta y soñador de otros tiempos, dulces remembranzas, bellos recuerdos, ilusiones, ideales.

—...Diz que dicen, señor,—decía una noche el rústico labriego terminando de narrar una leyenda,—que a partir de entonces, todos los días al amanecer, una mujer enlutada, la hija del conde asesinado, a buen seguro, va a besar los pies del Crucifijo. Dicen que es hermosa, muy hermosa y que debido a no sé qué hechizos se conserva joven lo mismo que antaño. Mi abuelo, que fué quien nos contaba la historia, decía que en sus mocedades una vez la vió y que en sus labios rojizos como sangre se habían impreso las llagas divinas de los divinos pies del Redentor...

Y el viejecito,—un buen viejecito aldeano que tenía a su nieto, un chiquillo rollizo y sanote, sentado en sus rodillas,—calló mirando a Enrique para ver el efecto que su narración le había producido.

—¿Y decís, buen viejo, que la dama espera al gallardo doncel que ha de vengar la muerte de su padre?

—Así dicen... así me dijo mi abuelo... así se lo contó a él, el suyo...

Enrique quedó pensativo, saboreando la bella leyenda de los lugareños que a él le parecía realidad, y volvió a soñar como en otros tiempos, con sueño bello, de amor, de poesía, de leyenda...

Aquella noche, noche blanca argentada por la luz de la luna, Enrique en vez de acostarse, contemplaba extasiado desde la ventana de su cuarto, del cuarto perfumado por el tomillo y el romero, las ruínas de aquella ermita, en donde, según la leyenda lugareña, murió el conde a los pies del Crucifico, peleando en su defensa, contra multitud de agarenos de tez negruzca y de albornoz blanco. Desde su mirador veía Enrique las ruínas de lo alto de una colina de pinos olorosos, de blancos caminos, y nunca había encontrado ni tan bellas las ruínas ni tan olorosos los pinos, ni tan blanco el camino como ahora que conocía su leyenda.

Sin sueño para dormir y subyugado por la ermita medioeval,

que parecía atraerle como ojos negros de mujer española, Enrique emprendió la ruta nocturna, ruta de peregrino romero y de andariego trovador, hacia la cima de aquella colina de pinos olorosos y de blancos caminales.

Fué andando, andando, y haciendo su vía recordaba los tristes días de su enfermedad, la amistad de Lázaro, la conversación que tuvieron aquella tarde triste y gris, todo fué recordándolo, rememorándolo todo y pensó en aquel verso que él llamó el último, el verso escéptico, el verso del fracasado.

*
* *

Amanecía cuando llegó a las ruínas de la vieja ermita, la ermita de la leyenda, y al hallarse ante la historia, al hallarse entre los siglos pasados de poesía y de misterio—¡bellos siglos medioevales!—Enrique se sintió dichoso, feliz, respirando aquel ambiente hierático, de santidad, de dulzura, de recogimiento.

Allá, en lontananza, la ciudad de atmósfera pesada y corrompida, populosa e industrial, hormiguero humano, en donde los hombres caminan a codazos empujándose unos a otros. Era más hermosa la ciudad vista de lejos, vista de lo alto de la colina, la hidalga ciudad de cementerios cupresinos.

Al entrar en la ermita para orar ante el Redentor, Enrique creyó soñar, como no había soñado nunca. Allí estaba la enlutada dama, joven y bella, de la leyenda, arrodillada a los pies del Crucifijo. Era tal como la había descrito el viejo labrador de blancos cabellos, era hermosa, muy hermosa, y en sus rojizos labios llevaba impresas las divinas llagas de los pies del Redentor.

¿Sería verdad la leyenda? ¿Sería el alma de la hija del conde que vagaba errante en espera del vengador doncel? ¿Sería milagro? ¿Sería para probar su fe?

La dama enlutada, linda muchachita cual flor abrileña, esbelta y grácil, toda idealidad, toda dulzura, toda belleza, de sonreir angelical, de perlíneos dientes, volvió la cabeza, adivinando o presintiendo—¡presentimiento femenil!—la presencia de Enrique, y sonrió placidamente, al ver su semblante azorado y confuso. Santiguóse, apartó un rojo clavel que tenía preso entre sus dientes, en el que el pobre poeta creyó ver las llagas divinas, y besándolo fervosamente lo depositó con amor a los pies del Crucifijo.

Enrique la contemplaba inmóvil, sin acertar a pronunciar una sola frase, sin descubrirse siquiera.

—¿Le asusta a usted mi presencia?—preguntó sonriente la damisela.—¿Y también usted, como los sencillos lugareños, me cree dama de leyenda?

Enrique, volvió a la realidad, una realidad bella al contrario de todas las realidades.

—Jamás leyenda alguna tuvo tan hermosa heroína.

—Galante es usted, bien se conoce su procedencia; ¿viene de la capital?

—De allá vengo, de la capital de hombres mezquinos de corazón pequeño, prosaicos y realistas.

—¿De excursión? ¿Viaje de recreo?

—Para recuperar la salud perdida.

—Como yo entonces... ¿Le extraña encontrarme aquí? Todos los días al amanecer, vengo a rezar a este Santo Cristo por el alma de mi madre... Es el lugar tan bello...

—Convida a soñar.

—Convida a soñar. ¿También usted es soñador? y... dirá usted que soy curiosa: ¿Cómo se llama usted? ¿en qué se ocupa?; preséntese usted.

—Me llamo Enrique, mi profesión... ninguna... soy poeta... ¿Y usted? ¿Cómo se llama usted?

—Beatriz.

—¿Beatriz? bonito nombre, como la del Dante.

—¿Como la del Dante? no; soy una Beatriz española.

Y asi fueron hablando, hablando mucho, como si hiciera ya buen número de años que se conocieran. Hablaron de versos, de risas, de ilusiones, de desengaños y al retornar hacia la aldea de costumbres sencillas y patriarcales, de viejos caserones y de callejuelas estrechas y tortuosas, los verdosos pinos y los viejos encinares, oyeron una declaración de amor que el poeta susurró al oído de la niña grácil de rojizos labios.

III

Lázaro, el buen Lázaro, el amigo fiel en las desdichas y constante en los pesares, leyó de nuevo la carta que Enrique le enviara:

«...Ya lo ves, querido Lázaro, ahora soy feliz, muy feliz, tanto como nunca lo hubiera soñado en mis pobres sueños de poeta loco. El buen párroco aldeano, un santo varón, un viejecito siempre sonriente, lleno de bondad y de dulzura, que llama hijos suyos a los rapazuelos del lugar y como a hijos los quiere, bendijo nuestra unión nupcial. Beatriz es una alma exquisita. Creo que los aldeanos pobres habrán perdido mucho con nuestro matrimonio. Ya, al marcharnos, con ojos llorosos y trémula la voz, decíanse unos a otros: —Se nos la lleva el señorito de la ciudad, el de la *tierra baja*.

»Ahora iremos a correr, a peregrinar por el mundo, para llevar por todas partes un destello de nuestra felicidad, iremos a Milán, Florencia, Nápoles...

»Te estoy escribiendo, mientras el tren corre rápida, vertiginosamente, como nuestra vida, y también—mira tú qué cosa—como nuestra vida deja tras de sí su línea torcida y sinuosa, como aquella de que hablábamos aquella tarde. ¿Te acuerdas, Lázaro, de aquella tarde? ¿Te acuerdas que te dije que la vida del poeta era un sueño? Si de ello te acordases, olvídalo porque no es verdad, la vida ni la del poeta, ni la de nadie no es un sueño; la vida es... no sé

cómo decírtelo, no hallo palabras para expresártelo; la vida, es la vida no tiene otra definición. El secreto consiste en saber adaptarse a ella.

»Y ahora voy a pedirte un favor, uno más a los muchos que de ti llevo ya recibidos. Cuando concluyas de leer esta carta—nunca escribí otra tan alegremente,—rompe aquel verso, el verso del poeta moribundo, rómpelo, Lázaro, que nadie llegue a leerlo, me avergüenzo de haberlo escrito.

»Adiós, la vida pasa y hay que aprovecharla, abraza a Pepín y a los camaradas y desea le imites pronto en el cambio de estado tu incondicional—*Enr.que*.

»Por tierras italianas, mientras el tren corre en 15 de Mayo de 19...»

Concluída la lectura, Lázaro emocionadísimo abrió un cajón de su mesita de ministro y de allí sacó un papel en el que Enrique escribió un día, un verso corto, de desengaño y de escepticismo, y sin leerlo siquiera por última vez, cumpliendo los deseos de su amigo Lázaro, rompió la cuartilla en menudos fragmentos, que con tristeza dejó caer por la ventana.

Y mientras el sol declinába hacia el ocaso, envolviendo a la ciudad triste con su melancólica luz, revoloteaban los fragmeutos de la cuartilla, cual blancas mariposas, como si fuesen en busca del soñador poeta que, moribundo y loco, depositó un día en ellos toda la amargura de su alma y todos los errores de su juventud.

FRANCISCO SALA Y ROVIRA
Secretario del cuerpo de Redacción

RECUERDOS DE UNA EXCURSION

III

DE LA RIBA A PRADES

Las seis de la mañana serían, cuando nos lanzamos a la calle en La Riba, a donde nos habíamos trasladado la noche anterior, después de cenar en Valls.

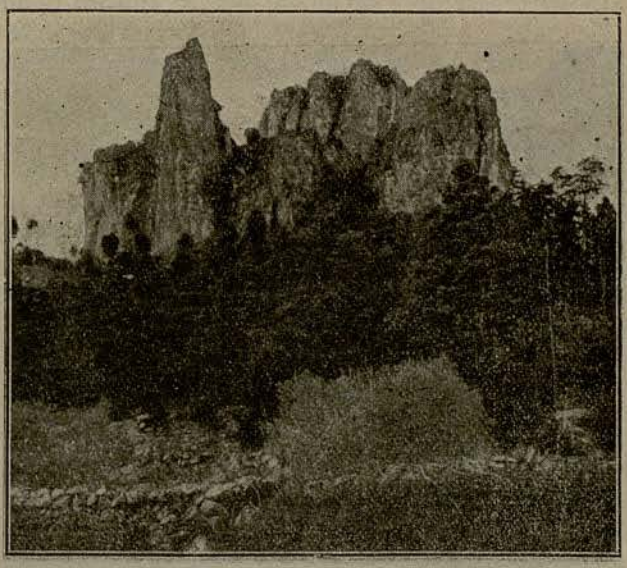
Casi a oscuras, atravesamos el pueblo, pasando por el puente sobre el Francolí, y subiendo sus empinadas calles vimos las quince o veinte fábricas de papel que son la única vida y riqueza de la población. El pueblo se levanta en el vértice montañoso de confluencia del Fráncoli y el Brugent, de manera que las fábricas se hallan escalonadas, para aprovechar sucesiva y directamente las aguas de este último río, a fin de mover las ruedas (no utilizan turbinas) que transmiten la fuerza hidráulica.

Gracias a la amabilidad de los señores Gomá, visitamos su fábrica de papel de fumar y de barba, situada en la parte alta del pueblo y una de las más importantes. En ella pudimos comprobar que

el transporte de primeras materias y productos fabricados, se hace exclusivamente por medio de caballerías, porque no hay ninguna calle que tenga una pendiente bastante suave para permitir el paso de carros.

A las 8 menos cuarto, con cielo completamente encapotado emprendimos la marcha siguiendo a poca distancia por la derecha, abajo del cauce del Brugent, que debíamos recorrer en su totalidad.

A los pocos pasos empezó a caer una lluvia ligera y fina, y así llegamos a la *Font Gran*. Está situada frente al *Molí de'n Miquel* y nace en la margen, por no decir en el mismo cauce del Brugent; su abundosa agua es la providencia de La Riba, si bien la



Cuenca del Brugent.—Cercanías del Mas den Toni *(Fot. Gallardo)*

hallamos tan escasa como pocas veces se recuerda en la comarca.

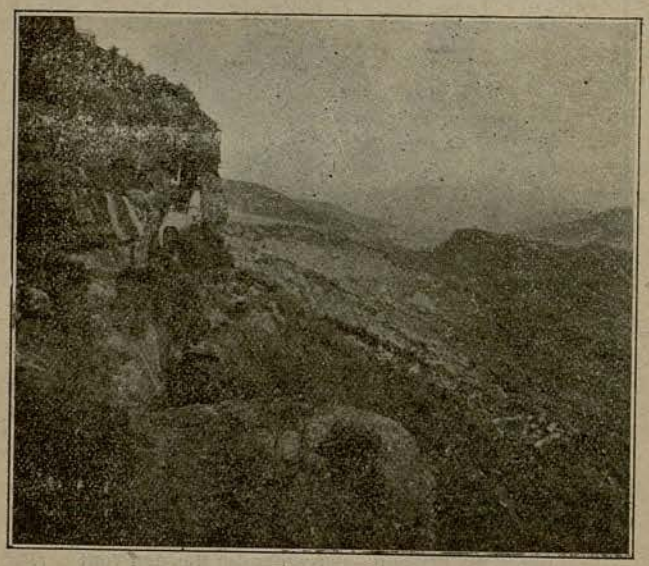
Seguimos junto al cauce del Brugent, por el mismo camino de de herradura, ensanchado para transportar la leña procedente de los bosques que cortan en gran escala hasta llegar a un molino derruído a causa de una fuerte avenida del río que arrastró en su impetuosa corriente a sus moradores.

Junto a las paredes de este molino almorzamos parte de lo que pudimos comprar en La Riba, y habiendo cesado la lluvia, continuamos siguiendo el cauce del Brugent, hasta atravesarlo por una palanca junto al *Molí de'n Jana*.

Abandonamos las márgenes del río, subiendo en rápido zig-zag por la *Costa de la Murtrera* hasta alcanzar un *collet*, desde donde

contemplamos las empinadas y abruptas cimas que aprisionan al Brugent. Las aguas de este río, como su nombre revela, más que deslizarse, saltan y corren entre imponentes cumbres llenas de nidos de águilas y *duchs*, (buhos) que causan una hermosa visión, destacando el color verde-azulado de los pinos de copa puntiaguda y de los abetos, del color oscuro de sus rocas, agrietadas unas, prismáticas y apuntadas otras, que forman un conjunto por demás fantástico.

Pasamos por el interior de un bosque, y al poco rato divisamos un valle de cultivo, y en uno de sus extremos Pinatell, (altura 700 metros); poblado de unas veinte casas perteneciente al Municipio de Rojals. Este valle, por el aspecto pobre de sus casas y por su nivel un poco más bajo que los picos que le rodean, y además en



L'Abellera.—La hermita *(Fot. Gallardo)*

aquel día de cielo verdaderamente gris, nos causó una sensasión de tristeza, que aminoró tan sólo un rayo de sol que, por entre el valle del río y como rasgando las nubes, aiumbraba la blanca y lejana ermita de La Abellera.

Este estrecho horizonte que se divisa desde Pinatell, es lo único que hace creer en que fuera de aquel sombrío valle, cabe una vida risueña y alegre.

A la salida de Pinatell, por el mismo camino de herradura, hallamos una fuente completamente seca, y, según uno de los excursionistas, de rica agua cuando no es tan enorme la sequía.

Pasamos por el que fué bosque, hoy día en devastadora tala, hasta divisar el *Riuet de Rojals*, completamente seco. Descendimos

rápidamente y después de atravesar su cauce, en pronunciada pendiente subimos por una colina de espeso boscaje y llegamos al *collet de'ls Escolls*, desde donde se ve La Parena.

Hecha una corta parada para almorzar de nuevo, llegamos al pueblo de La Parena, cerca de las once.

La Parena está situado en la falda de dicha colina, en un pequeño promontorio bordeado por el Brugent, y que parece un hacinamiento de rocas desprendidas de la cumbre, que se halla a la parte opuesta del cauce; por esto en la mayoría de las casas hay habitaciones con paredes de roca viva.

Este pueblo es un agregado de Montreal, que descuella por Oriente encima de unos grandes y magníficos acantilados, dibujándose sobre el cielo la oscura silueta de sus casas y de su elevada cumbre (altura, 900 metros).

Salimos de La Parena pasando junto a los cultivos que en el estrecho valle del Brugent tienen sus habitantes. Es de notar que para plantar árboles construyen adosados en los ángulos de las márgenes tiestos artificiales aprovechando todas las irregularidades del terreno, que en la parte del río en que el valle apenas existe, ofrece un paisaje de hermosa visualidad. A lo lejos también divisamos la coquetona y elevada ermita de La Abellera casi límite de la jornada.

Por enmedio de las escasas tierras de cultivo de aquel solitario valle, vimos desaparecer de nuestra vista La Parena, cuando nos acercamos al *Mas de'n Toni*, en donde nos dieron noticias de la casa en que podían servirnos la comida en Capafons.

A poca distancia del *Mas de'n Toni* se estrecha el valle del río Brugent, hasta quedar reducido al cauce de éste que es un angosto desfiladero abierto por las aguas del río. Este paso se conoce por el *Pas de l'Infern*.

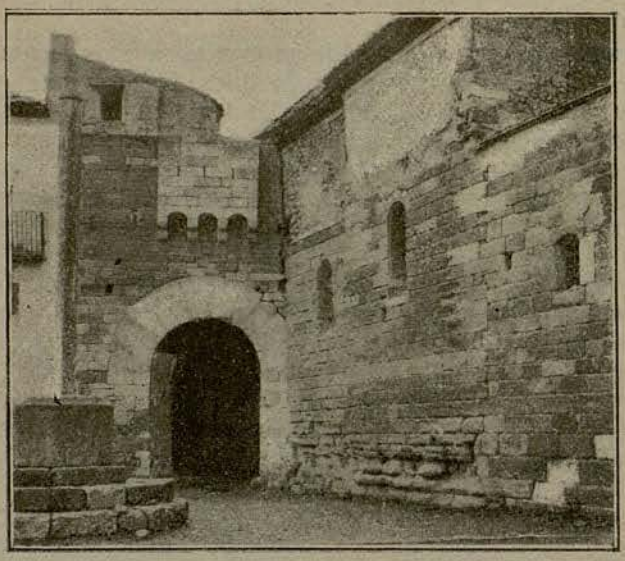
A su entrada, el que llamamos camino pasa a la margen derecha abajo y luego a la izquierda, siguiendo durante media hora todo el *Pas de l'Infern*, por donde en tiempo de una regular avenida el camino debe desaparecer forzosamente.

El aspecto de este paso es imponente y en realidad dantesco. El contemplar en medio de una majestuosa soledad las altas cumbres que lo forman, socavadas en su base por las aguas, cuyo paso ha formado marcadas *baumas* (grutas) el estrecho cauce con grandes bloques calcáreos desprendidos de las alturas, y la exuberante vegetación que lo adorna y enriquece, da una sensación de grandeza que sólo puede causar la obra del Divino artista.

A la salida del *Pas de l'Infern*, atravesamos de nuevo el cauce del Brugent hacia la derecha y luego hacia la izquierda junto a unos altos y bien alineados *pollancres* (poleos), se presentó a nuestra vista Capafons, encima de una colina, situada en el centro de un círculo de montañas, en cuyas vertientes nace el río Brugent. Seguimos el valle notablemente ensanchado, y, tras corta subida, a la una menos cuarto llegamos a Capafons.

Después de comer salimos de Capafons en dirección perpendicular al camino de La Parena y al poco rato de subida bajamos al riachuelo de La Abellera que seguimos por su cauce hasta que recibe el afluente *Aragonessa*, y después por su margen izquierda abajo, sin perder de vista la ermita de La Abellera. Hallamos heladas las aguas de este riachuelo en unos 20 metros, y abandonándolo, nos internamos por un bosque de castaños. Siguiendo *aproximadamente* el camino, subimos la rápida pendiente de unos 200 metros hasta llegar a unos cipreses que junto a una fuente de rica agua se hallan a pocos pasos de la ermita.

Esta está construída en una *bauma* (gruta) que formala rocosa montaña a 1.000 metros de altura.



Prades.—Puerta de San Roque (*Fot. Gallardo*

El espectáculo que se otreció a nuestra vista era soberbio: a un lado el Montral, las sierras de 'ls Mullats y de l' Almusara; la cima de *Las Purridas* allí junto; al otro lado las sierras de Roquerola, de La Parena y de Rojals; y al fondo, a través de la angosta cuenca del Brugent la sierra de La Riba. Casi todas parecen a lo lejos del corte horizontal en su silueta superior, como formando una muralla de grandioso y señorial castillo con sus salientes torres. Debajo de Montral, en una hondonada oscura vimos a La Parena; Pinatell ni se distinguía, confundido con la negrura de la sierra; y una que otra pequeña mancha blanquecina nos acusaba la existencia de hielo y nos recordaba la baja temperatura de que disfrutábamos.

A las cuatro de la tarde emprendimos una corta ascensión para

llegar al *Collet* y ermita de Sant Roch, desde donde ya pudimos contemplar a Prades, la histórica capital del Condado y su extenso y hermoso valle.

A la media hora pasábamos junto a la iglesia de Prades y entrábamos por el *Portal de Sant Roch* a la Plaza Mayor.

Recorrimos los alrededores de Prades; la parte sur conserva un gran lienzo de muralla con su portal; su aspecto exterior revela que ha sido consagrada por la Historia, pero su interior denota la vida propia de un centro de comarca de renombre por sus ferias, a pesar de la dificultad en las comunicaciones.

ISIDRO DURAND,
Académico de Número.

DE «MIREYA»

A la memoria de Mistral, el aldeano de la Provenza.

Encerrado en mi cuarto de estudio, durante una noche de Abril, quiero cantar a Mistral una oración llena de recogimiento.

Desde muy joven, un buen amigo me enseñó a venerarle, y allá en los campos de mi tierra, mientras segaban los payeses las espigas doradas por el sol, alimentaba mi espíritu con los sublimes encantos de «Mireya», la virgencita de Crau, la de las negras trenzas y de los ojos negros... Fué el libro dorado de mi juventud; mi alma soñadora despertó a las caricias de aquel poema de la Provenza, cuyo recuerdo vive en mi interior porque es algo de mi propia vida en el momento sublime de su alborada.

*
* *

En medio de un llano, rodeada de campos que se cubren de espigas en el mes de Junio, se alza majestuosa la vieja casa de mis padres.

Hay en ella una ventana vestida de madreselva, desde la cual se divisan las cúspides del Pirineo eternamente blanco. Apoyado en las rejas de aquel ventanal florido, entre las hojas del libro «Mireya» escribí mis primeros versos, versos de amor y de juventud.

De entonces acá han pasado muchos años.

Hoy conservo como recuerdos sagrados aquellas primicias de mi fantasía, y cuando en momentos de soledad, encerrado en mi cuarto de estudio, paseo cariñosamente la mirada por entre aquellas líneas, aparece ante mí la imagen de Mireya, en la llanura de Crau, sentada a la puerta de su granja, como en mi propia casa solariega.

*
* *

Mas esta noche la visión se dilata dentro de un marco de tristeza.

Colgado en la pared, frente a mi mesa, tenga un cuadrito que

fué siempre objeto de mi predilección. Es un aguafuerte de Eugenio Burnaud. Representa una llanura de Provenza, una severa llanura que enternecía el alma virgen de Maragall.

La blancura del marco contrasta con el tono gris del paisaje que se extiende hasta los lejanos montes de Baus, tras los cuales oculta el sol sus rayos al caer de una tarde otoñal. Tan sólo las aguas del Ródano quiebran a lo lejos la monotonía de aquella inmensa mar ne calma, y en primer término, tras una nuve de polvo, regresan los ganados a la Granj ı de las Almezas, que envuelta en los primeros velos de la noche, reposa mansamente entre cipreses y olivares.

Yo no sé por qué el cuadrito de Burnaud aparecía aquella noche rodeado de un nimbo de tristeza. Fijos en él los ojos, no adivinaba a explicarme el por qué de aquella rara impresión. De pronto, parecióme que el marco se ensanchaba, que las líneas de la perspectiva se dilataban hasta muy lejos, que la visión adquiría cuerpo y realidad. Vi cómo el sol apagaba sus últimos rayos y cómo se extendía la noche por todo el llano de Crau. Los ganados se perdían en lontananza y en la Granja de las Almezas se encendía la primera luz. Nubes teñidas en sangre coronaban la sierra de Baus, el Ródano rugía sordamente en el silencio de la noche; tras el cielo rojizo lucían tibiamente las estrellas; y el cielo y la tierra parecían unirse para llorar lágrimas de amor sobre los campos de la Provenza.

La noche avanzaba. De pronto, envuelto en la densa oscuridad alguien traspasó el sendero. Andaba despacio y de cuando en cuando dejaba oir hondos y dolorosos sollozos. Perdíase ya en las sombras cuando aparecieron otras personas que seguían sus pasos lentamente, con aire de majestad y tristeza. El grupo fué aumentando, y al poco rato una larga procesión se deslizaba por el sendero, camino de Crau. Allá, a lo lejos, unas cuantas luces oscilaban tibiamente; en la Granja de las Almezas no dormían aún.

Hice un esfuerzo para unirme a ellos y preguntarles la causa de aquella extraña romería, pero una fuerza irresistible me ataba y me impedía todo movimiento.

Y las sombras iban pasando calladas y misteriosas, como si fuera aquella la noche de San Medardo y los ahogados del Ródano peregrinaran por aquellas tierras, buscando piadosamente el fruto de sus buenas obras.

Entre aquellas sombras creí reconocer a los mozos, pastores y yegüerizos, a Hilario, a Elzear, a Verán, al ermitaño Vuberón; y mezclados con ellos las mozas desembojadoras, y a la bruja Tavén. Todos unidos en un mismo gesto, caminaban lentamente, como cuerpos diversos de una alma común. Algo rezagados, seguían a la multitud Juana María, Maese Ramón y Maese Ambrosio. Envueltos en negros mantos que el viento azotaba violentamente, seguían el camino cruzando palabras y lamentos que no podía comprender. Pero alguien más venía en último término. Vicente el cestero y

Mireya, la hija de la Granja. Cerca el uno del otro andaban con la frente en alto y la cabeza descubierta. Los negros rizos que circundaban el rostro de la niña flotaban al aire y sus ojos derramaban lágrimas y su pecho exhalaba suspiros. Vicente y Mireya eran los últimos peregrinos de aquella misteriosa comitiva.

Y se fueron alejando, alejando, hasta perderse en la oscuridad.

Entretanto, las nubes rojas se habían multiplicado sobre la granja. Un resplandor de cielo quebraba la oscuridad desde las alturas viniendo a posarse sobre la casa de Mireya, y el viento se transformaba en alegre brisa y el lejano Ródano apagaba su rugido en un murmullo manso y acariciador.

Las Tres Marías, las divinas Santas de la Provenza, cabalgando en una nube purpurina, descendían por un rayo de luz sobre la Granja de las Almezas.

Dios mío, ¿qué ocurría aquella noche en la tierra de Crau?

. . . . . .

Por la mañana, al despertar, supe que Mistral había muerto...

PEDRO PORTELLÓ

Barcelona-Abril-1914.

CAPTANT

L'anhel no acomplit es un gran goig,
mes el vostre aviat será marcit.

JO.-CAPTANT.

Tot te fí. L'enigma va a esvair-se.

¿Desil-lusió? No. El captaire no té altre merit ni altre defecte, que'l misteri que vos haveu imaginat que l'envolta.

El Captaire té 1 metre 65 centímetres d'alçada; es més ros que brú; i de cara nèta i cos proporcionat a la seva joventut. El seus ulls son d'una color força enigmática i que no es possible definir.

El Captaire té pocs estudis; es més pobre i aixut de cervell que d'altra cosa, però té vius i esperonats desitjos d'apendre; i sobre tot té molt cor, molt sentiment.

Ço que agrada més al Captaire es il-lustrar-se.

La seva il-lustració l'ha conquerida llegint retalls de diaris i anant a sentir les conferencies donades per els Senyors Esteves i Dons Ximplicis, en un dels incomptables Ateneus y Centres de cultura d'aqueixa ciutat.

—Tots les coneixeu; son aquelles societats instal-lades molt comodament en el segon pis d'una casa nova per allà l'any 45; ben decorats per un dels millors emblanquinadors del Plá del Os; i que s'hi puja per una escala tan clara de nit com de día mentres no s'acaba el carburo dels llums, i prou ample per a que hi passi una persona i mitja.

El Captaire es home que pensa encara que no té grans pensades; milita en una escola d'homes que ja deveu haver endevinat:

—Rendeix culte al deu JO; i professa amb tota l'anima el credo Egotista.

Tots la coneixeu aquesta Escola. Es nova, però ja comencem a esser molts. Tots professem i practiquem l'egotisme; s'enten, el bò, perque ja'n corre de *sevillano*.

El lema segurament també el sabeu. Es el que va sintetisar fa poc aquell Rector d'Universitat, ara tan anomenat ell i avans tant anomenada ella, en un article publicat fa poc en un diari de Madrid, som un grop de *los* i l'unió no formará jamai un sol nosaltres; nosaltres = jo + tu, prô jamai pot esser jo + jo.

Cada hu pensa per esser jo, per a sentirse jo, pera viurer solsament jo; i volem que vosaltres, els que no hi sou a l'Escola, hi sigueu i viscau com a jo.

Aixís soc i aixis penso, i per acabar vos diré que no tínc altre nom que'l que ja sabeu de

PEP CAPTAIRE.

SIENKIEWICZ EN LA PRIMERA FASE : : DE SU EVOLUCIÓN ARTÍSTICA : :

SIENKIEWICZ PESIMISTA

IV

Las impresiones de la niñez son hondas y echan en el alma tan profundas raíces, que tarde o temprano, sofocadas, vuelven a retoñar; pero las de la juventud son más fuertes y con frecuencia llegan a sobreponerse a aquéllas, como una niebla tan espesa que los agentes exteriores y la reacción de las primeras necesitan del auxilio del tiempo para disiparla.

Esto se observa en la evolución artística de Sienkiewicz.

El cambio de impresiones, la tranquilidad de su espíritu en el seno de la Naturaleza, y, sobre todo, la ausencia de la dulce Patria, que hace recordar y amar las impresiones de la niñez, habían de disipar poco a poco aquellas nubes que la «Escuela de Varsovia» habían formado sobre su alma; pero antes los gérmenes del escepticismo habían de producir sus frutos.

De este género es su obrita «Dibujos al carbón», a la que alude en el Cap. VI de sus Cartas, y que publicó desde América, pero cuyo plan debió ya preconcebir antes de su viaje.

Es una novelita de unas 100 páginas en 8.° El lugar de su trágica acción es una aldehuela de la Lituania. Los protagonistas víctimas, son dos labriegos, Lorenzo y su mujer Marusia, honrados trabajadores, creyentes y sencillos, como el pueblo lituano.

El verdugo es un escribanillo incrédulo, cuya ciencia es lo bastante para deslumbrar a los rudos habitantes de la aldea, y ser en ella caciquillo ambicioso, temido, despótico y sensual.

Cómplices por su pasividad son dos o tres señores de esa nobleza rural característica en Polonia, quienes no queriendo inmiscuirse en los asuntos del pueblo por temor de rebajarse, permiten y aun aprovechan el caciquismo del escribano, y el Párroco y su Vicario que no saben contrarrestar su influjo sino con estériles consejos.

La trama del escribanillo es inicua y digna de un demonio. Para abusar de la honrada labriega pretende deshacerse legalmente de su marido, alistándole entre los reclutas, no obstante estar exento como casado y como padre. Pero como por ello legalmente es imposible, estimula la avaricia del alcalde y busca dos cómplices: un concejal y un judío, en cuya taberna embriagan al infeliz Lorenzo, haciéndole firmar un documento en que por 50 rublos se compromete a sustituir al hijo del alcalde, quien de este modo economiza 750, que habría de invertir en la redención de aquél.

El infeliz Lorenzo al volver en sí y conocer su error se desespera; su mujer corre al amparo de la Iglesia, y allí se contentan con darle buenos consejos; va al Palacio de los Señores, pero toman café, es domingo y no día de enredos. Dirígese, pues, a pie hasta la cabeza de Distrito, pero el jefe del Reclutamiento la cree ébria, y la infeliz vuelve de noche al pueblo en medio de una horrorosa borrasca, desfalleciendo de fatiga en el bosque, donde la recogen medio muerta.

Dos días después, no hallando otro medio, e inducida por el infame judío busca su último recurso... en la protección del escribanillo, en cuyas manos está el documento.

El desenlace es terrible.

«En el cielo no brillaban aún los primeros albores de la aurora, cuando se oyó a la mañana siguiente rechinar la puerta de la choza de Lorenzo. Marusia entraba despacio, pero de repente quedó yerta de terror. Creía que su esposo, como solía en los últimos días, pasaría la noche en la taberna, y he aquí que le halló sentado en un banquillo junto a la pared, apoyada la cabeza sobre los codos, y los ojos clavados en tierra.

—¿De dónde vienes?—preguntó con severidad Lorenzo.

Pero ella en vez de responder cayó en tierra, y arrojándose a sus pies, prorrumpió en llanto diciendo: «Lorenzo, Lorenzo mío ¡al menos tú compadécete de mí!

Mas él, sin hablar palabra, sacó de debajo del banquillo un hacha, diciendo con frialdad:

—Vaya, Marusia, ha llegado ya tu fin. Despídete del mundo, infeliz, pues ya no le verás más.

Al oir esto, ella le miró aterrada.

—¿Pero qué, Lorenzo, me quieres matar?

—Vaya, Marusia, no perdamos tiempo; despídete y no temas, que apenas sentirás dolor.

—Lorenzo! ¿pero es posible?

—Pon la cabeza en el banco.

—¡Esposo mío!...

—Pon la cabeza y calla;—gritó aquél con impacencia.

—¡Auxilio! ¡auxilio!—gritó Marusia.

Resonó después un golpe seco, un grito, y el chasquido de la cabeza al caer sobre el suelo; después un segundo golpe, otro grito ya más débil, y otros golpes, hasta seis. Corrió por el suelo un río de sangre, agitóse el cuerpo con el estertor de agonía, y quedó inerte.

Momentos después un siniestro fulgor brillaba en la oscuridad: era el Palacio que ardía.

. . . . . .

¿Y qué fué del escribano? ¿Y qué iba a ser?

Lorenzo, después de incendiar el Palacio, corrió a incendiar la casa donde aquél vivía, pero a los gritos alborotóse el pueblo y lo libró. Y hoy continúa con su oficio y abriga la esperanza de llegar a juez municipal.

EL ANGEL

Imaginaos una tarde de invierno triste, sombría y monótona, si imaginarla puede semejante quien no la haya visto en estas regiones, y atravesando lodazales formados por la nieve al derretirse, seguidme a una aldehuela de unas veinte casas de madera ennegrecidas por los elementos, y entrad conmigo en una iglesuela, donde la escasa luz del crepúsculo en vano lucha con las sombras, que surgiendo de los húmedos rincones avanzan más y más hasta cubrir la nave por completo. Allá en el fondo de ésta destácase a la pálida luz de dos velas amarillas un Crucifijo, cuyos pies atraviesa enorme clavo, y en torno del cual revolotea el humo de los cirios recientemente apagados, difundiendo por la nave un fuerte olor a cera.

En el centro chisporrotean acá y acullá entre los bancos-reclinatorios varios cabos, a cuya vacilante luz leen algunas abuelas en sus devocionarios las últimas preces de difuntos, que cantan con voz cascada y monótona. Junto a una de ellas siéntase una niña de unos diez años.

¡Pobrecilla! Ante sus ojos hase cerrado aquella misma tarde una fosa, cubierta ya de nieve, y apenas si se da cuenta que en ella han enterrado a su madre. Por ésta cantan aquellas ancianas los últimos responsorios, mientras ella con el tedio propio de sus años pasea la vista acá y acullá por la sombría capilla, sin preocuparse por lo qué de ella será, cuando al salir de la iglesia se encuentre sola entre extraños.

En efecto, al poco la campana anuncia la conclusión y las abuelas, terminando sus preces, abandonan la iglesia, llevando una de ellas de la mano a la infeliz Marusia.

—¡Culicova! ¿Y qué vas a hacer de la muchacha?—le pregunta una de las mujeres.

—¿Qué he de hacer? Cuando venga el ordinario de Leschins,

la enviaré por él a sus parientes. Al fin, entre ellos no le faltará un bocado de pan y un mal rincón.

Y diciendo esto, entróse con sus compañeras en la vecina taberna, donde, después de haber apurado su copa de aguardiente, dió otra media a la huérfana, que en breve se rindió al sueño.

Llegó entretanto el ordinario; Culicova le confió la muchacha, y despachados sus asuntos, regresó al pueblo.

La niña, acurrucándose en el trineo, pues la noche era fría, partió del lugar, sin acordarse que en él dejaba a su madre. Sólo conoció su falta, cuando al cabo de un buen espacio comenzó a temblar de frío y volviéndose al carretero le encontró dormido.

Entretanto, los caballos se internaron en la selva, y desviándose del camino dieron con el trineo en un pequeño barranco. Despertóse el carretero, pero como estaba ebrio, no se dió cuenta de lo ocurrido.

—¡Voitek! nos hemos extraviado;—dijo la niña.

Pero Voitek, sin entenderla, siguió durmiendo.

Entonces la huerfanita, temblando de frío, descendió del trineo, y como el camino no le era desconocido, pues varias veces lo había recorrido con su madre, decidióse a terminarlo, caminando a pie.

La noche era despejada, y la luz de la luna, reflejándose en la nieve iluminaba con tal claridad los pinos y arbustos, que Marusia pudo sin dificultad distinguir entre ellos la perdida senda.

Reinaba en el bosque un silencio de sepulcro, silencio que infundía tranquilidad en el alma de la huerfanita, cuyo corpezuelo era el único punto que se movía sobre la blanca capa de la nieve. Anduvo y anduvo sin miedo alguno senda adelante, hasta que al fin cansóse, y comenzó a llorar, como esperando que alguien viniera en su auxilio. ¡Tantas veces había oído que el Angel del Señor guarda a los niños! Pero como nadie viniera, la niña dejó de llorar, y sentándose junto a un árbol quedó dormida. Parecióle entre sueños que del lado del cementerio, donde quedaba su madre, venía alguien hacia ella sobre la blanca nieve. Y en efecto, oyóse al poco crujir la nieve como oprimida por pisadas que se dirigían hacia la huerfanita.

—¡El Angel del Señor!—pensó la niña, y llena de confianza entreabrió alegre sus párpados.

Miró, y ¡horror!! vió delante una enorme cabeza parda y triangular, que la miraba de hito en hito!!

. . . . . .

Tal es el ligero diseño de este cuadro, cuyo sombrío fondo es imposible trasladar tal cual es en el original; pues no sólo las descripciones, sino hasta las palabras y la cadencia misma de los períodos, van dejando en el alma impresión tan pesimista y melancólica, que al terminar sus 30 páginas siéntese el lector como descorazonado.

José VILLACAMPA, Sch. P.

MISIVA

DEL TIEMPO VIEJO

Para el amigo Sala Rovira

Señora mía, noble princesa,
la de los labios color de fresa
y ojos morenos bajo el mantelo;
señora mía, noble princesa,
de rancia estirpe de dogaresa,
de faz divina, mirar de cielo.

Digna señora de fiestas reales,
digna de versos y madrigales,
que a vos entonan los rimadores;
y entre saludos y reverencias,
muestran las galas de sus querencias,
vuestros constantes admiradores.

Sois un prodigio de donosura,
la corte admira vuestra hermosura,
vuestro elegante porte ducal;
y muchas veces dos caballeros
hánse cruzado sus dos aceros
por un impulso de odio rival.

Los palaciegos y cortesanos
rituosamente besan las manos
de vuestros dones, en pos de albergos;
y saludándoos con arrogancia,
barren los suelos con elegancia
las grandes plumas de sus chambergos.

Sois complaciente y aceptáis flores,
y sois discreta en la lid de amores
tendiendo a todos vuestras miradas;
y en las tertulias y en los salones,
danzáis *minuettes* y cotillones,
entre sonrisas, y entre monadas.

Lleváis justillo, tenéis basquiña,
—sois una dama— parecéis niña,
porque de niña es la candidez
de vuestro rostro cuando sonríe...
—¡dejad, señora, que yo os envíe
también recuerdos de mi niñez!—

Parecéis una monjita triste;

cómo me encanta y qué bien os víste
la cariñana y el lucentor;
tenéis de santa, un puro dejo,
sois virgen joven de un cuadro viejo,
y sois la reina de nuestro amor.

Cuando en el piano posáis los dedos,
los que os escuchan, réstanse quedos,
las melodías se oyen vibrar;
y los *nocturnos* y las *cantatas*,
y los *scherzos* y las *sonatas*...,
¡qué bien, señora, sabéis tocar!

Las otras damas, envidia os tienen,
y aunque a vos duchas las tontas vienen,
no pueden menos de confirmar
vuestra belleza y vuestro porte;
¡señora egregia sois de la corte;
eso ya nadie puede negar!

Para con todos sois displicente,
para con todos tan sonriente,
en mil encuentros siempre os mostráis,
sois para todos y de ninguno,
os creen fácil, pero no hay uno,
que sepa cierto a quien amáis.

Mas hoy se dice y se rumorea,
que no estáis libre, que prisionera
en fuertes lazos va vuestro amor,
y que en la noche en dulce cuita,
alguien ha visto la amante cita
de una princesa y un trovador.

Un galán joven diz que os acosa,
un galán joven que no reposa,
lleno de lauros y de virtud,
que lleva un ancho limpio tabardo,
es mitad poeta y es mitad bardo,
y que constante pulsa el laud.

Eso se dice, señora mía;
yo a punto fijo lo creería,
si no supiera que sois así;...
pero aunque dudo, no lo comprendo,
sois un arcano, yo no os entiendo,
porque, princesa, vos sois así.

Misiva os mando, pobre misiva;

no os mostréis triste, que compasiva
sé que a mi carta vos me seréis;
mi carta mando con letra de oro,
tiene perfume de sicomoro,
olor de incienso, y huele a *beis*.

Señora mía, noble princesa,
la de los labios color de fresa
que no ha sentido jamás pasión;
señora mía, noble princesa,
de rancia estirpe de dogaresa,
¿por quién palpita tu corazón?

MIGUEL SERRA Y BALAGUER
Secretario de la Sección de Publicaciones

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

La cocinera criolla, por Marta. Un volumen de 12 ½ × 19 ½ centímetros, VIII-238 páginas. Encuadernado en tela, cubierta a dos tintas, 5'50 pesetas. (Por correo certificado, 40 céntimos más). Luis Gili, editor, Clarís, 82, Barcelona.

La acreditada casa Luis Gili nos ha remitido un magnífico volumen, que constituye una verdadera enciclopedia culinaria. La obrita está dividida en dos partes. La primera está dedicada exclusivamente a platos y manjares exóticos, conteniendo también una colección de recetas de alimentos de enfermos, muy valiosa. La segunda parte, destinada a la cocina cosmopolita, reúne infinidad de consejos prácticos que deben tenerse en cuenta para el acierto en el difícil arte. Llama la atención el que se prescriba en alguna receta el empleo de sustancias hasta hoy no consideradas como de cocina, y que en verdad constituyen el secreto de las manos de los grandes cocineros.

El volumen está magníficamente presentado y el papel es inmejorable.

El éxito de la obra se hallará por la fuerza de utilidad y por la firma del autor.

Marsans Rof e Hijo-1914.—Es el nombre de un folleto que publica anualmente la acreditada Banca *J. Marsans e Hijo*. Contiene una verdadera historia de los valores que se cotizan en la Bolsa de esta ciudad e infinidad de cuadrosexpresivos del interés que producen bajo cambios determinados.

Como se comprende, constituye esta publicación una guía perfecta del capital, aumentando la importancia del folleto el detalle en sección aparte de la situación de la mayoría de los valores públicos y de los industriales españoles, con expresión de tipos, cambios, emisiones, rentas, garantías, etc.

Exprésanse también en magníficas gráficas las variaciones en los años 1912 y 1913, sufridas por la Deuda Interior, Nortes, Alicantes, Andaluces, Orenses, francos y libras. Completan el contenido unas reseñas de las recaudaciones de las ferrovías nacionales, las últimas modificaciones de los sistemas monetarios y una referencia detallada de la *Sección de Viajes* de la Casa Marsans.

El presente folleto está, además, espléndidamente presentado, como es ya costumbre en aquella importante entidad bancaria.

LUIS MARIMÓN.

Ricos y pobres.—Misión social de las clases cultas y acomodadas, por el Padre Teodoro Rodríguez, Agustino, Profesor de la Universidad de El

Escorial. Un volumen de 232 páginas. En rústica, 1'50 pesetas. Imprenta Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3, Madrid.

Con sólo leer el título, se puede presumir fundadamente la oportunidad del libro publicado por el P. Teodoro Rodríguez.

Empieza el auter demostrando que sólo en el evangelio puede hallarse la paz social tan necesaria y tan menoscabada en estos tiempos de lucha de clases.

Sigue haciendo resultar la fuerza y la misión de las clases cultas y pudientes. Señala con valentía los graves defectos de las mismas y las faltas por ellas cometidas; examina minuciosa, exacta y serenamente la cuestión palpitante y termina señalando la justicia y la caridad como fundamentos sólidos de la armonía social.

Realmente, en estos tiempos de exasperación, de desenfreno y de lujo, en que se oye hablar siempre de derechos y nunca de deberes, el libro del P. Rodríguez debiera propagarse para bien de todos.

Memoria del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro. 1913.

Hemos leído con tanto interés como complacencia esta Memoria. En ella se demuestra, además del estado floreciente de aquella prestigiosa Sociedad, la culta y patriótica labor que realiza y cuya patente utilidad hace imprescindible la actuación de tan benéfico Instituto, propagador de ideas altamente cultas y que vela constantemente por el desarrollo de los intereses agrícolas de Cataluña.

JORGE OLIVAR Y DAYDÍ.

La postal de los niños.—El caricaturista infantil. Un cuaderno conteniendo 16 postales, 8 de ellas para iluminar, 0'75 pesetas. (Por correo certificado, 30 céntimos más). Luis Gili, Claris, 82, Barcelona.

El infatigable impulsor de la cultura patria, D. Luis Gili, nos ha remitido un precioso cuaderno, que, editado por la casa A. Boileau, bajo el título *La Postal de los niños,* constituye una verdadera joya.

Conjunto de graciosas caricaturas que el niño debe iluminar formando escenas cómicas, que despiertan la viva imaginación infantil y convidan al niño a copiar la naturaleza, combinando figuras de los objetos y animales que más frecuentemente llaman su atención.

Indudablemente el niño se ve más atraído a esta labor artística por este feliz método de la postal, pues hay la satisfacción que debe producirle la idea de dar una sorpresa a sus amigos, a sus papás, a sus abuelitos, mandándoles sus cariñosos afectos en una postal trabajada por ellos.

Dada la carencia casi completa de obras de este género en España, juzgamos que la simpática iniciativa del Sr. Gili será calurosamente secundada por todos los amantes de la cultura patria y de la instrucción artística del niño.

Aunque nosotros no hemos recibido más que un cuaderno, sabemos que son ya tres los que han visto la luz pública y deseamos que sean muchísimos más los que vengan, en tiempo no muy largo, a constituir esta brillante y utilísima colección.

MARIANO VIADA.

NOTAS SUELTAS

El día 21 se reunió la Comisión organizadora del Certamen, determinando en principio el día y el local en que deberá celebrarse el solemne acto de repartición de premios a los autores de los trabajos sobre los que recayó nota favorable en la reunión del Jurado calificador.

Así que sea definitiva la elección del día y del local, volverá a reunirse la mentada Comisión para ultimar el programa, cuyas líneas generales quedaron esbozadas.

***

El martes de la semana pasada nuestro querido amigo y compañero de Academia, D. Carlos Badía Malagrida, dió en la Casa de América una magnífica conferencia sobre la *Misión del americanismo en su aspecto histórico.*

En el número siguiente nos ocuparemos de esta conferencia, que hemos oído alabar muy justamente por cuantos tuvieron la satisfacción de asistir a aquel acto.

***

Se están redactando las hojas en que consta el fallo del Jurado calificador para ser enviadas para su publicación a los periódicos que publicaron la noticia y las bases de nuestro Certamen.

***

Se nos dice a última hora que se ha señalado el día 21 de Mayo, día de la Ascensión, para la fiesta de la distribución de premios y que probablemente el Paraninfo de nuestra Universidad será el local donde aquella se celebre.

NECROLOGÍA

El día 17 pasó a mejor vida el Dr. D. Miguel Bonet, padre de nuestro compañero de Academia, D. Luis Bonet. Era el Dr. Bonet catedrático numerario de la Facultad de Ciencias de esta Universidad, siendo muy apreciado por sus bellísimas cualidades así intelectuales como morales.

Murió como había vivido. Perfecto caballero, cristiano práctico y católico convencido, el Dr. Bonet, igual que su hermano, el barón de Bonet, ha muerto sin dejar enemigos. Su vida fué un elocuente ejemplar de acrisolada honradez y un bellísimo modelo de ciudadanos cultos y de padres cristianos.

Acompañamos a la familia del Dr. Bonet en el dolor que experimenta por tan irreparable pérdida y suplicamos a nuestros lectores una oración por el eterno descanso del alma del finado. R. I. P.

Estudio histórico-crítico sobre el lugar del nacimiento de San Raimundo de Peñafort

(Continuación)

La opinión sustentada por el P. Guasch, o sea de que el Santo nació en la casa de Peñafort, la robustece también otro manuscrito que aun hoy se conserva en el ex-Convento.

«Primerament suposant, quel siti ahont está construhit y edificat lo convent del Gloriós Pare S. Ramón de Penyafort fou casa solar dels pares del Gloriós Sant *y en comú sentir nasqué lo Sant en la Torre, qual per est motiu se dexá al ferse la Iglesia nova per lo any 1730 que se acabá*, motiu que obligá al Sr. Martí Joan de Spuny á donar lo siti del Convent franch en alou al Venerable Pare Ministre Fr. Pere Joan Guasch, dignísim fundador del Convent y fill de Santa Catharina Vde. y Martir de Barcelona, *pera que ahont havía exit á la llum del mont lo Sant, fos allí venerat*

per los Religiosos del mateix Orde y devots de tota la Comarca del Panadés y Marina.» (1)

La creencia y tradición de que el Santo nació en Peñafort la apoyan otras varias razones.

1.ª *El nombre.* Sabido es, que el lugar donde radica la casa que sirvió de morada al hombre, fué origen de nombres personales. Desde 1067 y principalmente en el Panadés, vemos así designados a varios personajes de aquella época, entre otros, Arnau Mir *de* Subirats, Mirón *de* San Martí, Pere *de* Villafranca, Bertran *de* Castellet, etc., etc., que tomaron nombre de su residencia habitual. La razón es obvia. En aquel entonces no se conocían los apellidos y se expresaba esta relación por medio de la partícula *de.*

Cuantos autores, así antiguos como modernos, hanse ocupado de nuestro Santo Raimundo, le llaman *Raimundus de Pennaforti.*

Ahora bien. *Pennna* procede de *pinna*, que, según Ducange, fué usada en la *Marca hispanica*, la qual ha dado lugar a las palabras catalanas *pena* y *penya.* como significación de *montaña*, *peña o roca.* Tal denominación subsiste todavía en el Panadés y bien conocidas son la *penna rubea* del castillo de La Vid y *Pennafedel*,—*penafel*—cercana a Moja y Peñafort.

Hemos dicho que San Raimundo es conocido por *Pennaforti.* De este modo lo encontramos mencionado en 1281, cuando el Rey Don Pedro, estando en Valencia, dió comisión a Hugo de Mataplana, Prepósito de Marsella y hermano del Conde de Pallars, para que marchase a Roma y promoviera ante el Papa y Curia Romana el proceso de canonización del *sancti ac venerabilis patris fratris Raymundi de Pennaforti.* Documento VIII.

A *Petrus de pennaforti* hallamos en 1214, como también varios Bernardos de *pennaforti* e igualmente son conocidos sus hijos y esposas.

2.ª razón. Demostrado el nombre genérico, ocúrrese otra pregunta. ¿La familia del Santo residía efectivamente en Peñafort? De lo dicho anteriormente, despréndese de un modo que no deja lugar a duda, que aquella era la residencia; pero aún podemos robustecerlo con la razón siguiente, que nos suministra el Padre Guasch, la que acabará de aplastar las pretensiones de los villafranqueses:

«En Penyafort le señalamos parte de las rentas y bienes de sus padres, como consta en un aucto echo á 23 agosto de 1261 en el qual leí por ser esto lo que diremos en la razón 2.ª del venerable mismo. La segunda razón es que comunmente las mujeres suelen parir los hijos en las tierras o lugares donde viven y lo contrario acontece muy raras veces, y quien diría que ningún Cavallero viva sino en donde tiene sus bienes, Casas, Campos o a lo menos haciendas, en todo *Barcelona ni en Villafranca no hallamos ni*

(1) Racional de rendas y censals del Convent de S. Raymundo. Convent y terras del circuit de ell, pág. 3.

Casa (1) ni Campo ni dinero de hazienda de los padres o parientes de San Raymundo, y en Penyafort hallamos que siendo sus Padres Capitanes o Carlanes (2) del Castillo, el qual cargo requiere residencia, mayormente en tiempo de los moros y franceses, tantos debates daban á esta tierra, de la qual posehían buena parte, *tenían aquí sus bienes y haziendas*, como se puede ver en un aucto que oy guarda el Ilustre. Sr. Martín Joan de Espuny, senyor de Penyafort y fundador de esta Casa de San Raymundo.»

La afirmación anterior viene corroborada por lo que ya dijimos en otro lugar, o sea, las contiendas habidas entre la familia de Peñafort, las que se ventilaban ante la curia del Veguer de Villafranca; para que se asignase la torre de Vernet—Panadés--para sustento de los menores. Lo propio demuestra el que un Peñafort desempeñe la bailía de Castellví de la Merced, todo ello en los alrededores de Peñafort.

Además, tenemos una nueva prueba inédita e irrecusable, o sea, el documento que a continuación copiaremos y que se remonta a 1.332. De él se desprende, de un modo que no deja lugar a duda en donde radicaba la casa de los Peñaforts, y en la que vivían entonees Bernardo, Saurinta su mujer y la madre del primero Saurina, y no era otra que la casa llamada Torre, dentro de la parroquia de Santa Margarita—*habitatores domus de tri sitœ intus Parrochiam Santœ Margaritœ termini castri Olerdula.*

AGUSTÍN COY COTONAT
Capellán primero del Cuerpo Eclesiástico de Ejército

(Continuará)

---

(1) Tomen nota de estas palabras los villafranqueses que sostienen haber nacido el Santo en la casa del *violí*, plaza del *Oli*, y que las escribe un compatricio suyo.

(2) *Carlanes*, *castlá*, *catlá y carlá*, en catalán, eran los funcionarios a quienes encomendaba el Señor de un castillo la guarda y defensa de éste. Fueron también conocidos dor *Vervesores pequeños*, o sea *Castellanos* o *Alcaides* de los castillos, bien que no se contaban entre los títulos, ni las leyes del Principado los tenían por tales. Adarga Catalana.

El Carlan era, pues, un vasallo que tenía el castillo en feudo de otro Señor. Por ello percibía ciertas prestaciones del payés. Gozaba de ciertos derechos útiles, rentas y monopolios; por ejemplo, la fragua, molino, horno y puestos del mercado, *tabulae*.

IMPRENTA EDITORIAL BARCELONESA, CORTES, 596. BARCELONA